

Alex Gorrion – Ciencia

[Este texto está precedido por otros 2 textos del mismo autor, cuya temática no es en concreto la ciencia, pero que apuntan a una base crítica del sistema del que la ciencia forma parte. Estos textos son *Golem in the catacombs* (12 de enero de 2014), *For the love of god* (28 de diciembre de 2014), publicados por **The Anvil Review**, y disponibles para descargar, al igual que este texto, en <https://theanarchistlibrary.org>]

Desarrollando una idea que quedó mencionada pero inexplorada en el ensayo anterior, queremos esbozar algunos argumentos centrales de nuestra creencia de que la ciencia occidental o el racionalismo de la Ilustración constituye una cosmovisión mítica del mundo, una religión estatal y un modelo de producción, es decir, un *modelador* o *configurador* del mundo. Si bien es cierto que todas las religiones son configuradoras del mundo, dado que el entendimiento que uno tiene es una de las primeras formas de configuración, al estar íntegramente conectada al capitalismo la ciencia occidental es la más poderosa configuradora del mundo hasta la fecha; lejos de ser neutral, es una máquina de lo más potente. No sólo afirmamos la naturaleza religiosa de la Ciencia, sino que también afirmamos que la Ciencia es un descendiente ideológico directo del Cristianismo, y aunque el ascenso del racionalismo de la Ilustración constituyó una ruptura con el poder y la doctrina de la Iglesia, calificaríamos esto como una ruptura evolutiva, sin incurrir en más fracturas o daños a las estructuras y al pensamiento de la Iglesia de lo estrictamente necesario para que la Ciencia ganase su independencia y diese un salto cualitativo como la configuradora del mundo hegemónica, del mismo modo que la mariposa debe romper la crisálida.

Mero empirismo

Desde el principio nos parece necesario hacer una distinción crucial entre el racionalismo de la Ilustración, una categoría que contiene casi todos los atributos que la gente desea transmitir cuando se refieren a la “ciencia”, y el método empírico, que los correligionarios del racionalismo nos quieren hacer creer que es la esencia pura y el alcance de la ciencia real, un método que no está comprometido por la cosmovisión que uno tiene del mundo.

Al rechazar la Ciencia no rechazamos el método empírico, el cual consideramos una forma útil pero muy limitada de obtener conocimiento; más bien rechazamos toda la materia oscura de la ciencia occidental, todos los elementos que dice no poseer. Podemos usar el método empírico sin creer en la Ciencia al igual que podemos apreciar una catedral sin ser católicos o usar el fuego o las ruedas sin ser animistas (como lo eran los probables inventores de esas herramientas). De hecho, la comparación es defectuosa, puesto que los pensadores de la Ilustración no fueron los únicos ni los primeros inventores del empirismo, así como Johannes Gutenberg no fue el único ni el primer inventor de la imprenta. La experimentación está ampliamente extendida en la historia de la humanidad, y en muchas culturas ha tomado formas metodológicas.

Dado que los científicos de las ramas “duras” no han estudiado ni el discurso, ni los símbolos, ni la lógica, tienden a no ser conscientes de cuando están hablando metafóricamente, y a menudo confunden los hechos con la ficción (para ser justo debo señalar que este problema, que había captado pero no podía articular, me fue esclarecido por primera vez por un candidato al doctorado en humanidades). Los creyentes en la Ciencia generalmente afirman que la ciencia en sí misma no es más que empirismo. Esto es una tontería. Enumeramos más abajo toda una serie de elementos

religiosos de la cosmovisión racionalista del mundo y las características que la Ilustración heredó acríticamente del Cristianismo. Pero primero, estaría bien señalar una limitación principal que tiene el empirismo en sí mismo. Este elemento se puede resumir en el siguiente artículo de fe no falsificable: “cree sólo en lo que puedas ver”. Tal creencia es totalmente ignorante del hecho, ahora probado empíricamente, de que la observación cambia lo que está siendo observado, y también nos predispone a un conocimiento de las relaciones o contextos *ajenos*, más que a un conocimiento de las relaciones y contextos de uno mismo.

Dejando atrás el positivismo y la fe en un solo tipo de conocimiento, afirmaríamos que “sólo aquello que puede ser observado y probado cuenta como conocimiento empírico”. La implicación es que hay muchos otros tipos de conocimiento, un reconocimiento que es desconocido para los hombres de “Ciencia”, que han elegido nombrar su doctrina, simple y presuntuosamente, “Conocimiento” –en latín, por supuesto, lo que sugiere un tren con un bagaje diferente que ha llegado a través de las vías claramente establecidas por la Iglesia católica.

Objetividad

Si bien podemos apreciar una validez limitada pero significativa en el empirismo, debemos atacar la objetividad de todo corazón como una idea filosófica y empíricamente absurda, así como una forma moralmente perturbada de ver el mundo. Sin importar la insistencia en que la contradicción o la paradoja constituyen una falacia lógica (que en algunas culturas se vería como un signo de inmadurez simplista), la creencia de que existe un conjunto completo, internamente alineado y finito de hechos para describir cada situación, implica una cosmovisión del mundo que pide a gritos un dios que está ausente. Todos los hechos son conocimientos procesados que resultan de la participación personal en una situación, guiados por un marco cultural e histórico específico, así como por motivaciones individuales. Independientemente de si un árbol que cae hace ruido en un bosque vacío, la forma en que uno entiende un bosque y qué características del mismo decide –o es capaz de– medir, son todos factores determinados subjetivamente. No hay hechos sin personalidad, y la tendencia de intentar alejar los hechos de los productores de esos hechos no sólo entrena a la gente en una visión no apasionada e incorpórea de sus propias vidas, sino que también sugiere deshonestidad así como una extrema no-aceptación del lugar que uno ocupa en el mundo. En un mundo no gobernado por la Ciencia, los psicólogos estarían hablando de “neurosis de objetividad” en lugar del “trastorno de oposición desafiante”.

Empírica y filosóficamente hablando, la objetividad es un concepto que ha sido muy cuestionado, por no decir que ha sido desacreditado; sin embargo, sigue dando vueltas y desempeña un papel central en la configuración de la cosmovisión del mundo de las personas (una dinámica que veremos surgir varias veces a lo largo de este ensayo). Es ahora un hecho bien constatado y difícil de negar el hecho de que la observación *siempre* cambia lo que se observa.

Esto se aplica a todas las disciplinas, desde el termómetro que cambia ligeramente la temperatura de la materia en la que se inserta, hasta la velocidad de un objeto que es relativa a la velocidad del objeto desde el que se observa, pasando por las personas que cambian su comportamiento, incluso complaciendo las expectativas del científico, cuando es observado por un antropólogo o sociólogo. Esto se reduce a una obviedad que, al menos filosóficamente, debería tener un gran peso: es imposible conocer el mundo sin nosotros.

En términos de física, es difícil hablar de velocidad y posición objetivas porque el espacio no es un campo neutro y estático de coordenadas fijas contra el que se puedan medir los objetos; de hecho, en varios niveles incluso la firme distinción entre objeto y espacio es ilusoria, derivada de una

preferencia humana (o al menos occidental) por ver las cosas y no por ver el contexto que las contiene.

Y en términos de producción de conocimiento enfocado a otros humanos, podemos tomarnos un momento para burlarnos de los estudios médicos (la industria médica, ¡ejem!, la “profesión” médica, será el chivo expiatorio favorito de este artículo). Los sujetos supuestamente pasivos que participan en los estudios médicos están involucrados en el estudio por razones específicas opacas para los investigadores que ostentan el control; saben cómo dar a los investigadores lo que quieren, e incluso jugar con ellos. En muchos casos, son profesionales más capaces que los propios investigadores. Y si creemos que un “efecto placebo” incontrolado, puramente psicológico en términos del dualismo de la Ciencia de “mente-cuerpo”, puede corromper los resultados de un estudio, ¿qué hay de los efectos psicológicos de vivir durante varios días dentro de un centro de investigación, bajo luces artificiales, una dieta y una rutina diaria alteradas, y una observación constante, sin mencionar la extracción de fluidos corporales? La objetividad y el “control” en un estudio médico es una mentira conveniente, una convención de la industria diseñada para producir credibilidad, que no es otra cosa que una apariencia.

En cuanto a las estadísticas, lo último en información objetiva, cualquiera que se preocupe sabe con qué facilidad se pueden cocinar y manipular las estadísticas, en el momento de la presentación, del análisis o incluso en el momento de la toma de datos. Lo que no quiere decir, de manera relativista, que ninguna estadística tenga sentido o que todas sean igualmente válidas; sólo que nunca pueden ser utilizadas honestamente como simplemente una forma más de conocimiento, ni tampoco consiguen reflejar esa quimera: la verdad objetiva.

Y aunque los científicos no siempre están directamente involucrados en la producción del discurso resultante, la pedante idea de la objetividad –que es una piedra angular de los medios de comunicación– sólo funciona en una sociedad que considera la Ciencia como algo sagrado. El engaño periodístico que permite silenciar una infinidad de perspectivas para presentar “ambos lados” de una historia, y su negativa a educar a los espectadores sobre las cuestiones invisibles del encuadre presentado, sólo puede funcionar con un público que todavía cree que existe la información objetiva. Probablemente no sería exagerado ver este engaño como un encubrimiento. Si la gente se diera cuenta de que lo mejor que se puede esperar (y ni siquiera en un sentido pesimista) es un conocimiento multi-subjetivo, no tendrían que devaluar y suprimir constantemente su propio conocimiento subjetivo, es decir, sus experiencias de vida, en la búsqueda de un conocimiento objetivo superior pero inalcanzable. Y alguien que suprime su propio punto de vista es más fácil de controlar.

Herejía

Además, antes de enumerar los mitos del racionalismo y sus rasgos religiosos, también sería bueno tocar un área intermedia: el conocimiento que es validado por el método empírico, pero que es marginado u oscurecido por los sacerdotes representantes de la Ciencia. Podemos referirnos a este campo como *herejía*, una exploración llevada a cabo dentro de la terminología y cosmología de la fe, en lugar de ser externa a ella, pero que contradice los intereses de aquellos que tienen el poder sobre la fe.

Para validar nuestra comparación terminológica con la herejía dentro del paradigma cristiano, podemos considerar a los anabaptistas^[1]. Como todos los herejes de su época, los anabaptistas también eran verdaderos cristianos. Utilizaron el material y las herramientas objetivas de la Iglesia,

en concreto la lectura de las Escrituras, para subvertir el objetivo tácito de la institución de la Iglesia, que era el Poder, el cual su heredera la Ciencia ha conseguido acumularlo en una mayor medida y de una manera más disimulada e inocente. Y así como los anabaptistas fueron marginados una vez que su capacidad de cuestionar el ejercicio de poder de la Iglesia fue eliminada de forma violenta, también las formas heréticas de la Ciencia son marginadas, aunque los mecanismos de marginación son bastante diferentes, debido en parte a las modernas tecnologías de los medios de comunicación y a la universalización de la alfabetización, y en parte al funcionamiento de las becas de investigación.

La teoría de Gaia^[2], la visión Kropotkiniana de la evolución y las teorías Reclusianas^[3] en geografía son tres ejemplos de herejía en el paradigma racionalista. Articuladas por científicos formados con una terminología científica, compatibles con la teoría de sistemas y otras teorías contemporáneas a las que ahora se les da más crédito, susceptibles de modificación de cara a las pruebas empíricas de manera que se puedan diferenciar de la pseudociencia; sin embargo, todas ellas han sido efectivamente marginadas. Las dos últimas, teorizadas por anarquistas, que fueron muy elogiadas en su época, han sido borradas en gran parte de los libros de historia, y sólo empiezan a reaparecer hoy en día, mientras que la primera ha sido marginada principalmente por la burla. En lugar de ser sometido a estudio, se le dota de un aura de misticismo (concedido, el nombre ayuda), lo suficiente para mantener alejados a los financiadores de la investigación y a los científicos que están preocupados por sus carreras. Al mismo tiempo, la policía de múltiples continentes está librando una guerra feroz y sangrienta, bajo la excusa del antiterrorismo, contra cualquiera que conecte la cosmovisión del mundo de la teoría de Gaia a una fuerza social (en otras palabras, los ecologistas radicales que ven la vida como una cualidad planetaria, y la tierra como un sistema vivo que sólo puede ser protegido de manera holística). Por mucho que los escépticos insistan en que estas dos maniobras en la actual guerra contra la herejía están separadas –la burla y la represión– no debemos olvidar que la policía hoy en día, como la mayoría de las demás profesiones, se comporta de manera científica, y que la policía generalmente no ataca a los grupos sociales a los que otras instituciones poderosas otorgan legitimidad.

Un hecho publicado por Silvia Federici ilustra el vínculo entre las exploraciones entusiastas de la ciencia y de la policía: Francis Bacon, el padre del empirismo, fue también el Fiscal General de la Corona Británica. Llevó a cabo la represión política para el Estado, estando involucrado él mismo en el interrogatorio y la tortura de los sujetos, una actividad que tal vez amplió su comprensión acerca de la adquisición metodológica de conocimiento. Y aunque hoy día, dados los siglos de complejificación, el ecologista y el investigador de policía, ambos con formación científica, no son la misma persona, es difícil ignorar los intereses comunes para los que trabajan. Uno es contratado por Exxon para llevar a cabo investigaciones que o bien plantearán dudas sobre el calentamiento global^[4] o bien abrirán nuevas líneas de productos para la “energía limpia”, y el otro tiene una misión de “terrorismo doméstico” que fue creada después de un *lobby* político por parte de Exxon ante una campaña de acción directa contra un oleoducto. O tal vez su puesto de trabajo fue creado indirectamente por Weyerhaeuser, o Monsanto, o Huntingdon Life Sciences, pero en ese caso sólo hay que subir un nivel más, para encontrar que ambas empresas utilizan el mismo banco.

Herencia mítica

Uno de los principales aspectos heredados que está presente en el racionalismo de la Ilustración es la tensión entre lo material y lo ideal, que es quizás la tensión definitoria de la civilización occidental, y está visible en Platón, visible en el Cristianismo y visible en la Ciencia. Aunque cada uno de estos paradigmas se ha agarrado a resoluciones algo diferentes de esa tensión, la dicotomía en sí misma es peculiar, arbitraria en el sentido de que todos los valores culturales son arbitrarios.

La Ciencia pretende resolver la tensión produciendo un universo muerto (una proyección filosófica que la Ciencia, como configuradora del mundo, puede estar cerca de conseguir). Se ha abolido lo ideal o el espíritu, y se asume como una ficción del mundo material, el cual en términos racionalistas es el único mundo (casi una inversión del Maniqueísmo^[5]), lo que resulta curioso dada la furia con que la Iglesia medieval atacó a los seguidores de Mani). Los científicos todavía no están en absoluto cerca de dar las explicaciones definitivas de la conciencia, la vida o la creación –aunque su “no sé” se ha vuelto fascinantemente más detallado– y continuamente tienen que recurrir a su relación con la religión, sus explicaciones acerca del poder de la mente, el efecto placebo, los informes sobre la alteración de la conciencia entre las personas que experimentaron una muerte temporal, etc. Esto no sería un problema si la Ciencia no pretendiera ser un sistema absoluto de conocimiento. En lo que respecta a las respuestas, la Ciencia serviría mucho mejor para ensamblarlas juntas que la mayoría de los otros sistemas de conocimiento, pero el peso de su pretensión de ser absoluta hace que se tropiece dolorosamente con estos pocos detalles, una y otra vez, que aún no puede pulir.

Cabe señalar que, pese a que hoy en día el Cristianismo anterior a la Ilustración es presentado (en términos anacrónicos) como fantasioso y místico, en verdad el Cristianismo dio muchos pasos importantes hacia el universo muerto del racionalismo de la Ilustración. En particular, el Cristianismo logró delimitar y encerrar lo sagrado, que una vez fue un bien común. Las herejías que la Iglesia atacó más violentamente fueron precisamente aquellas herejías que afirmaban que todos podían hablar con Dios sin necesitar a sacerdotes como intermediarios. La Iglesia fue fundada sobre el levantamiento de barreras entre la gente común y lo sagrado. Y lo que es más, el Cristianismo era una religión notablemente escéptica para su tiempo, discutiendo la doctrina y la evidencia con una alta preponderancia en el uso de la lógica, el método y la objetividad. La principal diferencia es que los materiales primarios con los que trabajaban en sus laboratorios teóricos no eran observaciones del mundo que les rodeaba, sino las Escrituras; no obstante, los eruditos de la Iglesia debatían regularmente con vigor qué historias, tradiciones y documentos eran fraudulentos, en lugar de aceptar cualquier cuento que se les presentara.

Es cierto que la Iglesia Católica certificó muchos milagros para canonizar a sus santos, pero sus acciones deben ser comparadas con lo que vino antes de ellos, no con lo que vino después. El Catolicismo constituía un universo mucho menos milagroso que el pagano que lo había precedido. El suyo era un universo en el que los milagros no podían ser comúnmente experimentados y proclamados, sino que se les debía otorgar un reconocimiento institucional. Además, el honrar la santidad era una concesión que el Catolicismo tenía que otorgar necesariamente al propio paganismo que el mismo Catolicismo se esforzaba por suplantar. Gran parte de los oprobios reservados por el Protestantismo y luego el racionalismo contra la Iglesia Católica se dirigían contra los compromisos mundanos que ésta tenía con una práctica espiritual descentralizada que, para el siglo XVII, ya había sido erradicada. No es coincidencia que los países donde las quemaduras de brujas fueron más exhaustivas, y donde las formas más sangrientas del protestantismo estuvieron más activas, también acabarían por ser las cunas del racionalismo científico.

Tampoco es una coincidencia que muchos de los primeros hombres de ciencia fueran monjes o eclesiásticos formados, como Copérnico, Mendel, Alberto Magno, Roger Bacon, Georges Lemaître, Nicolás Steno, y muchos más, mientras que otros como Linneo fueron educados para el sacerdocio antes de ramificarse en otros campos de estudio.

La Ciencia ha ido un paso más allá, aboliendo la esfera sagrada que la Iglesia había encerrado y colocado en un lugar más allá de cualquier acceso fácil. Sin embargo, no sólo experimenta esta ausencia, sino que continúa produciendo un mundo regido por la abstracción, a menudo en un grado

neurótico. Lejos de resolverse, la tensión entre materia y espíritu que heredó del Cristianismo permanece viva en la Ciencia.

También podemos culpar a la Ciencia por su proliferación de mitos simplificados. La novela *Ismael*, de Daniel Quinn, articula perfectamente cómo nuestra sociedad científica se basa en mitos antropocéntricos sobre la evolución. Pídele a cualquiera que te explique la evolución de la vida, y te contará una historia que empieza con los organismos unicelulares y termina con la humanidad, la cima del progreso. Los científicos tienen una salida fácil, ya que siempre pueden afirmar que esta no es realmente una explicación “objetiva” o rigurosa de la evolución, y que a ellos no se les puede culpar por la ignorancia de otras personas. Lo que no pueden explicar es por qué ese mito *siempre* ha sido reproducido con una frecuencia mucho mayor que cualquier interpretación empíricamente precisa del cuento de la evolución, y a menudo sale de la boca de los propios científicos formados.

De hecho, los practicantes de la Ciencia son mucho más culpables de este proceso de simplificación que sus predecesores. Con los cristianos, los mitos simplificados tienden a implicar simplemente pasar por alto las contradicciones. Tengo la impresión de que la mayoría de los cristianos no saben que la Biblia está realmente llena de contradicciones, o que, por ejemplo, el Génesis contiene en realidad múltiples historias de la creación que difieren en detalles importantes. Con la Ciencia, sin embargo, las simplificaciones míticas tienden a ser mucho más burdas, a menudo yendo en contra de la evidencia empírica con el fin de articular un mito que es tranquilizador o conveniente para el orden social. Abundan los ejemplos, desde el ya citado mito de la evolución que describe una progresión jerárquica que culmina en el homo sapiens, hasta la apología de la energía nuclear, pasando por las justificaciones esencialistas de las relaciones tradicionales de género [6]. Resulta frustrante que esos mitos sean difíciles de poner en tela de juicio, porque los científicos no suelen ser instruidos en los matices de la comunicación simbólica y, por lo tanto, no reconocen un mito si éste les da una bofetada en la cara (por el contrario, tienden a operar en el reino cristiano de la verdad, tomando sus propias narraciones como objetivas, y las de otras religiones como disparates absurdos). Si se les confronta de manera efectiva, cualquiera de estos mitos puede ser convenientemente desechado como pseudociencia, pero nunca se ofrece una explicación de por qué esos mitos son tan a menudo producidos por los propios científicos, y por qué se generan sistemáticamente oportunidades para su difusión.

Debido a que la Ciencia opera en un terreno textual mucho más complicado que el de las Escrituras, y debido al profesionalismo que la acompaña, ningún científico tiene una visión global, de la misma manera en que un erudito bíblico podía tener una visión global de su respectivo terreno textual. En otras palabras, los científicos inevitablemente tienen que abordar aspectos del conocimiento empírico que están fuera de su campo de especialización. Su visión de otros campos a menudo se les es suministrado a través de los mismos medios de comunicación a los cuales muchas veces los propios científicos les atribuyen la culpa de ser los propagadores de la pseudociencia. Pero estamos tratando con algo que es sistemático. *En un sistema de conocimiento que es demasiado complejo para que una sola mente pueda apreciarlo todo, o incluso para que pueda apreciar una décima parte, los mecanismos mediante los cuales el conocimiento es simplificado para los no especialistas, y mediante los cuales se produce una representación global del conocimiento, deben ser analizados como una parte estructural de ese sistema de conocimiento.* La ciencia occidental, sin embargo, esquiva la bala en este caso evitando en su metodología el análisis holístico. En contra de una afirmación tan ridículamente amplia como “La ciencia produce una visión mítica de la evolución”, el organismo institucional sólo necesita sacar a relucir a un experto en, por decir algo, la evolución de la percepción del color entre los insectos, para dar una descripción adecuadamente detallada de los

procesos evolutivos y así depurar la responsabilidad por las inexactitudes de la ciencia *pop* (popular). Pero la ciencia *pop* y los mecanismos que la producen son una parte integral de la Ciencia misma.

En el análisis más compasivo, los científicos individuales o las instituciones científicas harían bien en analizar esta incapacidad persistente a la hora de comunicar. ¿Por qué se difunden y se reproducen tantas narrativas erróneas y tanta desinformación, mucho tiempo después de la llegada de la Era de la Razón? Sin duda, se puede culpar a los políticos o a la televisión, pero cualquier escéptico sincero no puede evitar ver el modo en que estas narrativas míticas son reforzadas estructuralmente, y el modo en que son beneficiosas para los que detentan el poder en una sociedad jerárquica.

El componente estructural es importante, y revela otras formas de herencia cristiana. Al igual que en la iglesia medieval, el avance de la ciencia occidental lo llevan a cabo profesionales patrocinados por los poderes financieros y territoriales, libres de investigar y debatir dentro de los límites informales –pero muy reales– establecidos por los patrocinadores, sin aportar ningún poder ni iluminación a las masas, sólo instrucciones. Después de todo, el ciudadano medio de un país moderno y científico no tiene ninguna herramienta real para comprender o influir en el mundo que le rodea. Por el contrario, se ve relegado a creer a su médico o a los científicos que controlan la calidad de los productos que consume (un error frecuentemente tonto y a veces incluso fatal), y a recibir versiones simplificadas de verdades más grandes a partir de reproducciones de *National Geographic* o al pasar una fructífera media hora viendo el Discovery Channel.

Al igual que la jerarquía de la Iglesia, la jerarquía de los cargos científicos no es una meritocracia como les gustaría creer. Uno se encuentra con un sinnúmero de bobos con doctorados. Y si bien podemos encontrar revistas académicas revisadas por pares que son un recurso invaluable para la investigación, así como un vehículo útil para la producción y evaluación de conocimiento empírico (esto es, por supuesto, una afirmación muy incompleta), no es infrecuente que uno se encuentre con autores en tales revistas que son unos completos ineptos incapaces de ordenar hechos o analizar sus propios datos; y la única razón por la que fueron publicados es porque así podrían jactarse de tener un papel elegante y un artículo publicado prestigioso.

Y aunque esa red difusa a la que podemos referirnos irónicamente como Ciencia no es tan nepotista como la que, con más precisión, podemos llamar metonímicamente [\[7\]](#) como la Iglesia –pero prueba a decirle eso a la Junta de Admisiones de Harvard...–, entrar en el club y escalar en sus filas está al menos tan determinado por consideraciones de clase, por destreza en las políticas de la universidad, por alineación con otras estructuras de poder y por éxito en la publicación y recepción de financiación (lo que significa venderse a un mercado) como lo está por mérito o habilidad. Conocemos personalmente a una inteligente científica y excelente profesora a la que se le impidió obtener la titularidad en su departamento simplemente porque su política difería de la del jefe de departamento.

Tales anécdotas personales son difícilmente científicas y no pueden ser tomadas como prueba sólida de nada, por supuesto, pero el día en que los profesionales publiquen un estudio empírico que revele de una vez por todas cuántos de sus colegas son unos completos idiotas, tal vez podamos dejar de lado nuestras rudas maneras de ratones de campo y atenernos a Los Hechos en lugar de desconcertar a los lectores con pequeñas excursiones románticas por Historilandia. De hecho, esta ausencia de datos revela un punto importante: las instituciones científicas no producirán conocimientos que no sean útiles para el ejercicio del poder. Ellos sólo realizarían y publicarían un estudio que revelara cuántos científicos acreditados son cabezas huecas si hubiera alguna presión institucional para

reformular los procesos de admisión; mientras no sea para eso, esos estudios son inútiles porque servirían para desacreditar a las instituciones.

La Ciencia, como el Cristianismo en la Edad Media, es la guardiana de la memoria colectiva. Mientras que antes sólo eran los clérigos los que registraban la historia de la sociedad, ahora casi todas las investigaciones primarias son realizadas por científicos formados (sociales y de otro tipo). Posteriormente, las masas podemos hacer con estos datos lo que queramos, pero las preguntas sobre qué épocas o aspectos olvidados de la historia se nos facilitarán y desde qué ángulo serán analizados son decididas enteramente por investigadores profesionales.

Otro artefacto de la herencia cristiana es la visión progresiva y unilineal del tiempo que el racionalismo ha apoyado y favorecido fuertemente. Esta fue la forma cristiana dominante de ver la evolución del tiempo una vez que los gnósticos fueron derrotados alrededor del siglo V, y aunque desde Einstein ya no se sostiene en la física y ha sido desafiada en las últimas décadas en muchas de las ciencias sociales, el mito del progreso todavía está firmemente arraigado. Ejemplos de ello son el mito de la evolución ya discutido, en el que los humanos siguen a los chimpancés, o el marco antropológico largamente dominante y todavía enseñado en el que Estados siguen a pueblos que siguen a tribus que siguen a bandas, otra historia sin base en los hechos. En su excelente investigación, Stephen Jay Gould documenta una serie de desaciertos científicos entre los lingüistas y otros que asumieron que lo simple debe ser seguido por lo complejo, así como una abundancia de ejemplos de las ciencias naturales y sociales que demuestran el multilinealismo no progresivo de la evolución.

Otro prejuicio del racionalismo ilustrado heredado del Cristianismo es la creencia en una causa unitaria. Así como Tomás de Aquino basó su prueba de la existencia de Dios en la suposición no-falsable de que la existencia necesitaba una causa unitaria y original, así los físicos y matemáticos continúan perfeccionando las Grandes Teorías Unificadas para acercarse a una "teoría del todo". Y en otros campos, los científicos se aferran a la Navaja de Ockham, un prejuicio hacia la explicación más simple (desarrollada nada menos que por un fraile franciscano). Y aunque la Navaja de Ockham puede ser claramente útil, y un complemento necesario para la falsabilidad, también puede acostumar a los pensadores a cegarse de cara a la complejidad, o a ver la causalidad y el cambio como cosas que se producen en una serie de sucesos unilineales en lugar de como equilibrios dinámicos que varían y se desplazan a través de un campo.

El racionalismo de la Ilustración heredó directamente del Cristianismo el celo por hablar en nombre de la naturaleza; de hecho, al llegar a la madurez, la Ciencia disputó directamente la capacidad de la Iglesia para hablar en nombre del mundo natural, usurpando ese trono para sí misma. Así como el Cristianismo en ciertos momentos declaró la homosexualidad, el sexo fuera del matrimonio, el trabajar el domingo, o el ir desnudo como *antinatural*, el racionalismo de la Ilustración comenzó a justificar sus propios valores sociales a través de una caracterización particular del mundo natural. Este nuevo mundo que produjeron, tanto discursivamente como, en un grado cada vez mayor, socio-económicamente, es un mundo mecánico y jerárquico. Los patrones naturales fueron descritos como "leyes", originalmente asumidas como redactadas por un Dios relojero. Esta última figura, embarazosa para los científicos posteriores, desapareció discretamente, pero su universo y sus leyes relojeiras permanecen. Los cuerpos vivos siguen siendo caracterizados como *máquinas*, y con su típica actitud obtusa los defensores de este punto de vista generalmente no saben si están hablando literalmente o metafóricamente.

Tal vez el elemento más importante que comparten el Cristianismo y la Ciencia es su miedo patológicamente inmaduro a la muerte. Una gran parte de la producción científica está diseñada para buscar la vida eterna para los individuos (aquellos que puedan pagar los tratamientos, por supuesto) y para la especie. No importa que los científicos afirmen hablar en nombre del mundo natural y que en la naturaleza las especies se extingan; la humanidad debe sobrevivir. Así pues, ¿la Ciencia piensa cambiar los procesos productivos a los que ha dado lugar, puesto que éstos son la mayor amenaza actual para la supervivencia humana? Por supuesto que no. Estos procesos deben acelerarse para que la humanidad pueda colonizar Marte antes de que destruyamos la biosfera, colonizar otros sistemas solares antes de que nuestro sol muera, y mientras tanto establecer un sistema de defensa planetaria en caso de que algún asteroide se acerque demasiado. Evidentemente, los científicos no pueden superarse a sí mismos y aceptar que todo el mundo muere.

¿Por qué nuestra especie es más importante que todas las demás, y más importante que los procesos inorgánicos del universo? La única justificación posible para sacarnos a nosotros mismos, a costa de todos los demás, del planeta es “porque podemos”. Si esa es la ética definitiva de nuestra civilización, es justo que se aplique no sólo a los científicos sino también a sus oponentes. Podemos esperar que los luditas y los primitivistas tomen nota. Todo lo que se pueda hacer, debe hacerse. Cualquier científico que pueda ser asesinado, debe serlo. ¿Por qué no? No parece que haya, en el gran esquema de las cosas, algo que perder.

Por lo tanto, cualquier partidario de la ciencia occidental y en particular del proyecto de enviar la vida humana a las estrellas, debería reconocer que Ted Kaczynski y más recientemente ITS en México estaban totalmente en lo correcto al asesinar científicos. Tenían el poder para hacerlo, por lo tanto era correcto. Pero si, tal vez, los partidarios de la ciencia occidental eligen no poner sus vidas en manos de tal ética mercenaria, tal vez, sólo tal vez, es porque su única moralidad real es la creencia de que todo lo que ellos hacen es correcto. Al final no son tan diferentes de los Cristianos, ¿verdad?

Conocimiento parcial

Como hemos dicho antes, la ciencia occidental constituye un sistema de conocimiento. El conocimiento que produce es frecuentemente válido, hasta el momento en que afirma ser absoluto. Dado que es muy difícil pensar fuera de un paradigma, puede ser útil revisar los tipos de conocimiento que la Ciencia está dispuesta a producir. Esto revelará aún más la naturaleza mítica y religiosa del racionalismo. Y en caso de que nuestra posición no sea clara, debemos insistir en que no hay absolutamente nada malo en los mitos –al contrario, los humanos no pueden vivir sin mitos–, a menos que sean mitos que afirmen ser verdades objetivas. El racionalismo, como cualquier otra cosmovisión, es espiritual en su núcleo, pero en este punto nos posicionamos para alegar que la espiritualidad del racionalismo de la Ilustración es fundamentalmente enferma, corrupta, alienada, autoritaria, ecocida, patriarcal y sociopática.

Dados sus antecedentes en el Cristianismo y en la filosofía platónica, la Ciencia está dispuesta a producir los siguientes tipos de conocimiento:

--La elaboración de esquemas de genealogías ahistóricas (como en la clasificación de las especies no según su papel o relación con otras especies, por nombrar uno de los muchos esquemas organizativos posibles, sino según su supuesta descendencia genética; tal vez no sea descabellado ver en esto una marcada influencia del Antiguo Testamento);

--Una conciencia de las unidades enajenadas (al tragarse –hasta hace poco acriticamente– el concepto establecido por la Ilustración del “individuo”, junto con otros soberanos como la “nación”, los científicos han favorecido abrumadoramente el análisis de cuerpos discretos en lugar de campos, flujos o interconexiones, lo que es similar a analizar el océano como una gran colección de olas);

--El desarrollo de las matemáticas como el lenguaje de la naturaleza (revelando algo que se aproxima a un misticismo cabalístico[8], en lugar de entender simplemente las relaciones numéricas como una de las múltiples formas de describir el mundo, abundan los ejemplos de científicos y matemáticos que hablan de relaciones numéricas que incluyen un lenguaje secreto detrás de la fachada del mundo físico, incluso como una especie de clave para descodificar la existencia; los entusiastas de los fractales promueven este pensamiento con particular frecuencia);

--La articulación de las relaciones mecánicas (en contraposición a las relaciones recíprocas o dinámicas: lo que es increíblemente interesante para la Ciencia no es descubrir cómo mantener o efectuar estados de equilibrio que fomenten el bienestar, sino cómo lograr la reproducibilidad y el control, aislando los factores operativos para que una determinada entrada produzca siempre la salida deseada);

--Descubrimientos resultantes del divisionismo, o la búsqueda de elementos puros que no puedan ser divididos o cortados (en un lenguaje popular, la búsqueda de los “bloques de construcción elementales” de la vida, de la materia, del universo, etc., que desmiente una visión bastante simplista de cómo se construyen las cosas, así como el afán de identificar los elementos componentes para que la realidad pueda ser reconfigurada).

¿Qué otros tipos de conocimiento existen, y qué hay de malo en los tipos de conocimiento enumerados anteriormente? Después de todo, a partir del siglo XX la Ciencia también puede presumir de un conocimiento de las dinámicas del campo, el equilibrio dinámico y los sistemas caóticos. Dale suficiente tiempo, y nuestros chicos en bata de laboratorio lo descubrirán todo, ¿verdad?

Naturalmente es difícil hablar de aquello que no sabemos o no hemos sido capaces de descubrir, y quizás es aún más difícil revelar que hay una lente a través de la cual estamos mirando cuando toda nuestra vida hemos sido entrenados para mirar sólo el objeto, y desde la misma perspectiva nada más y nada menos. La objetividad es una filosofía extremadamente penetrante y sutil, específicamente porque entrena a sus adeptos a creer que las únicas diferencias significativas son, claro, objetivas. Si son conscientes de la existencia de, por ejemplo, los ecosistemas, es poco probable que reconozcan que otra cultura entiende mejor los ecosistemas o posee conocimientos que los racionalistas no tienen, especialmente si esa otra cultura no tiene estudios cuantitativos que demuestren sus conocimientos. Les será difícil comprender lo mucho que la perspectiva, el énfasis y el marco mítico pueden afectar al conocimiento. Si ambos sistemas de conocimiento perciben los mismos hechos objetivos, que los lobos comen ciervos y los ciervos comen plantas y las plantas se alimentan del suelo y del sol, entonces, en términos objetivos, una cadena alimentaria como descubrimiento teórico no carece de nada que otro sistema de conocimiento pueda contener, incluso aunque ponga toda la atención en agentes específicos en lugar de ponerla en el campo viviente constituido por las relaciones dinámicas entre esos agentes, y por lo tanto conduce a una serie de desastrosos malentendidos acerca de los ecosistemas (¡recuerde el Sapo de Caña![9]).

Sin embargo, haremos todo lo posible para revelar lo que falta, de manera similar a como los astrónomos tienen que descubrir los agujeros negros mirando las cosas que hay a su alrededor.

La física cuántica y la geometría cartesiana pueden ser un buen lugar para empezar. Al igual que el dualismo cartesiano permanece incrustado en el racionalismo de la Ilustración, la geometría cartesiana de planos planos [*flat planes*] y ángulos rectos sigue siendo parte integrante de la cosmovisión científica del mundo, incluso aunque ha sido invalidada por el principio de relatividad (mientras que el determinismo de la ciencia clásica e incluso la relatividad general –ésta incluida– han sido contradichos por la incertidumbre de la mecánica cuántica). Si el espacio en sí mismo no es un fenómeno neutral y estático, entonces algo tan estable y feliz como un cuadrado o un triángulo no puede ser más que una ilusión o una mentira conveniente. (Esta es una parte de la simplificación mítica de la Ciencia, elementos de la cosmovisión del mundo que la propia Ciencia no puede defender realmente, pero que sin embargo perpetúa, a través de mecanismos que deshonestamente se le atribuirán a la “ciencia *pop*” si alguna vez se le pide cuentas).

Sin embargo, es útil entrenar a la gente para que piense en términos de geometría cartesiana, porque la autoridad ha sido extremadamente activa en el encierro y la división de los territorios o en gobernar racionalmente la construcción a través de planos (como han escrito Deleuze y Guattari, los planos no son necesarios ni siquiera para la construcción de edificios complejos, a menos que el proceso de construcción deba subordinarse a una autoridad externa y racional).

Sería fácil decir que toda esta línea de argumentación es errónea, puesto que fueron los propios científicos (Einstein y similares) los que descubrieron la relatividad y revelaron las deficiencias de la geometría cartesiana. Sin embargo, más de mil años antes, los taoístas y los budistas ya promovían una cosmovisión del mundo que chocaba con la geometría cartesiana pero que era en gran medida compatible con los descubrimientos de la física cuántica. Hacemos referencia a Einstein porque es la única manera de conseguir que los fieles devotos escuchen; los creyentes en la Ciencia se niegan a reconocer las fuentes externas. Citarles el Tao Te King para respaldar una cierta cosmovisión del mundo sería tan efectivo como citar el Corán para convencer a un cristiano de que una parte de su doctrina es defectuosa.

Pero el método empírico, se podría argumentar, no debe ser abandonado. Los científicos no pueden ir persiguiendo hasta la última espiritualidad tradicional como base de su cosmovisión del mundo. Los científicos tuvieron que pasar por las falacias de la geometría cartesiana para llegar a la relatividad, porque no podrían haber descubierto la física cuántica o la dinámica de campo sin descubrimientos previos, microscopios adecuados, etc. ¿Es esto creíble? Tal vez no. El concepto de *átomo* viene de los antiguos griegos, que carecían de microscopios. Sin embargo, el concepto encajaba con su visión del mundo. ¿Fueron realmente intuitivos, o es sólo una coincidencia? ¿O es posible que los átomos no existan objetivamente, y que sean sólo una de las múltiples formas de entender la composición de las cosas? “*Pero yo he visto átomos*”, dirán sin duda algunos lectores, refiriéndose a los dibujos y diagramas de cualquier libro de texto de física de la escuela secundaria, de la misma manera que los estudiantes un siglo antes fueron enseñados con representaciones pictóricas del Jardín del Edén (y cuán perfecta, al final, es la objetividad que nos llega en una serie de representaciones que olvidamos, de un momento a otro, que son representaciones). Lo que es objetivamente cierto es que lo que llamamos átomos no son á-tomos, o de lo contrario la categoría de “subatómico” carecería de sentido (véase la etimología de a-tomo). Y resulta que a nivel subatómico, la división entre partículas y ondas, materia y energía, se rompe.

Por una parte, es razonable que los esquemas colocados en un tema se maten más a medida que avanza el estudio de ese tema; en otras palabras, sería injusto culpar a los científicos si los modelos anteriores se mostraran como insuficientes, cuando en vez de culparles deberíamos felicitarlos por su

honestidad. Por otra parte, también debemos considerar que estos esquemas –partículas, materia, incluso círculos y cuadrados– que se nos venden como representaciones objetivas (esta expresión es un oxímoron hilarante, aunque dudamos que cualquiera que sólo haya estudiado ciencias duras sea capaz de darse cuenta) no son fruto de la prueba y la experimentación, como nos quiere hacer creer la mitología del empirismo, sino que son más bien construcciones culturales, espirituales, nacidas de una cosmovisión específica del mundo, que son impuestas por el científico sobre el objeto de estudio (revelando a un nivel más profundo lo que, en términos superficiales y cuantitativos, ya ha sido aceptado como un hecho científico: que toda observación cambia lo que se observa, otro de estos nuevos descubrimientos que otras culturas han sabido desde hace mucho tiempo). En otras palabras, los átomos, los cuadrados y el dualismo entre la materia y la energía no fueron descubiertos; ya existían en el imaginario occidental y fueron utilizados como herramientas simbólicas, y fueron impuestas al conocimiento incipiente, que se iba produciendo poco a poco, con el fin de simplificarlo y organizarlo.

Consideremos otro ejemplo. Refiriéndose a un caso de herejía en Milán en 1028, un cronista de la Iglesia escribe acerca de la heterodoxia refiriéndose a ella como una enfermedad que debe ser erradicada antes de que pueda “contaminar” al resto de Italia. ¿Es una mera coincidencia que el entendimiento científico de la enfermedad que surgiría siglos más tarde (ahora con la ayuda de los microscopios) promueva esta misma visión de un campo neutro invadido por agentes impuros que se propagan por contacto? No sabían de gérmenes y bacterias, pero ya hablaban de agentes impuros que causaban contaminación. ¿Podría ser que los científicos utilizaran una lógica preexistente para simplificar y describir la compleja realidad de la enfermedad? Sin embargo, se supone que todos sabemos que los gérmenes son una realidad objetiva. No hay otra teoría válida de la enfermedad, ¿verdad? Por el contrario, una cosmovisión del mundo basada en campos y relaciones nos haría pasar por alto los gérmenes y centrarnos en la dieta, el cuerpo, el clima, la comunidad... todas las cosas que la medicina occidental ignora o al menos minimiza. Y sin duda alguna, esta última teoría tendría un mejor historial en el tratamiento de las enfermedades, porque en lugar de no haber hecho esencialmente nada hasta que se pudieran inventar los antibióticos, habría alentado a la gente a cuestionar los monocultivos de alimentos, el hacinamiento urbano, la calidad del aire, la pobreza y más.

Para hablar más concretamente, podríamos afirmar que decir que los gérmenes causan enfermedades es como decir que el aire causa el fuego. Al menos con muchas enfermedades comunes, los gérmenes están siempre, o a menudo, presentes en cualquier comunidad humana, pero la gente no se enferma mientras su sistema inmunológico funcione bien. De la misma manera, el aire siempre está presente (en la superficie del planeta, claro), pero se necesita combustible y una chispa antes de que puedas tener fuego.

Para poner otro ejemplo relacionado con la salud, ya que en este campo (junto con la ecología), la ignorancia y los errores garrafales de la Ciencia han sido muy evidentes (y, ahora que lo pienso, la salud de nuestros cuerpos y la salud del medio ambiente son básicamente las dos cosas más importantes que uno podría estudiar), podemos considerar la acupuntura. En nuestras propias vidas, la acupuntura ha pasado de ser un tratamiento ignorado o ridiculizado en Occidente, a ser un tratamiento que ha sido confirmado como efectivo por estudios científicos. Esta reacción desmiente la hipocresía y también el racismo implícito de la mitología empírica, ya que la acupuntura se basa en miles de años de observación y pruebas, sólo que no eran los hombres blancos barbudos los que estaban a cargo, por lo que claramente no cuenta. Y a pesar de su probada eficacia, la acupuntura sigue siendo menospreciada o descartada, lo que proporciona más pruebas de la supremacía cultural (un componente importante de cualquier religión) implícita en la Ciencia.

Parte de la razón por la que los científicos no pueden promover fácilmente la acupuntura es que no tienen ni idea de cómo funciona. Las personas formadas en medicina china saben cómo funciona la acupuntura, pero sus explicaciones son completamente inútiles para los creyentes en la Ciencia, ya que se basan en conceptos como los meridianos de energía, el yin y el yang, que carecen de sentido dentro de la cosmovisión del mundo del racionalismo de la Ilustración. Aceptar plenamente la acupuntura o cualquier otro componente de la medicina china sería reconocer que la Ciencia es parcial en lugar de absoluta, que es sólo un sistema de conocimiento de muchos, y eso sería inaceptable.

Comparemos su forma de tratar a la medicina china con sus aventuras en la psiquiatría. Fieles a su preferencia por las formas de conocimiento mecanicistas y divisionistas, como ya hemos mencionado, han “aislado” (un término verdaderamente espiritual que refleja con precisión su filosofía depravada) los componentes del cerebro que producen las sustancias químicas relacionadas con ciertas emociones. Una vez que se sabe qué sustancias químicas deben bloquearse y qué sustancias químicas deben producirse en mayor cantidad, se tienen todas las emociones resueltas y descifradas. Es simple, ¿verdad? (Esperemos que los lectores lean esas dos últimas líneas con la voz de Mickey Mouse, o al menos con la voz de Joey de *Friends*).

El resultado de este tipo de pensamiento brillante son los antidepresivos que causan mayores tasas de suicidio, así como otras formas de desagradable perturbación de la intimidad de uno. Algunas personas altamente civilizadas podrían no creer que la estupidez extrema sea una causa justificada para ejecutar a alguien; no obstante, confiamos en que muchas de las personas que han estado a merced de los psiquiatras (ya que éstos, junto con otros científicos, no hacen nada si no ejercen poder sobre las personas) estarían de acuerdo con nosotros en que algunos de estos expertos deberían ser arrastrados a las calles y fusilados. Pero, dado que el zapato está en el otro pie^[10], podemos al menos empezar con un poco de burla bien merecida.

Un configurador del mundo

La ciencia ha perfeccionado el conocimiento de los *ajenos*. Un ajeno es un Otro, pero no un Otro autónomo necesario para la comprensión del yo; el ajeno ayuda al yo científico a promover su coartada de objetividad (o de la ausencia-del-yo), de que no es un ser que interviene en el mundo y produce tipos específicos de conocimiento sino una simple mirada no interferente que podría pertenecer a cualquier sujeto, simplemente observando los hechos ya existentes que yacen dispersos por el terreno. Un ajeno, por necesidad, es desarraigado violentamente de su entorno, y es el propio proceso de observación, categorización y análisis –como parte de procesos socioeconómicos mayores– lo que logra su alienación. La Ciencia, al conocer a un ajeno, ya lo ha jodido completa e irrevocablemente, sin embargo, pretende hacer como que el ajeno ya existía como tal antes de la intervención de la mirada científica.

El racionalismo ha perfeccionado una serie de aparatos aparentemente destinados a mostrar el conocimiento. En la práctica, estos aparatos son fábricas de alienación que nos entrenan para entender las cosas como cuerpos desmembrados cuyas relaciones e historias son tan invisibles como ajenas. Estos aparatos son la enciclopedia, el museo, el zoológico, etc. Para aparecer en un zoológico o en un museo, un cuerpo debe haber sufrido un proceso de colonización, de desarraigo, de secuestro, de trauma, de mutismo y de dominación. Para que la Ciencia afirme (y lo haga sin decirlo, naturalizando la idea) que una cebra en un zoológico es lo mismo que una cebra con su manada en el Serengueti, o que una máscara ceremonial conservada con reverencia y utilizada para provocar las

lluvias en Borneo es lo mismo que una máscara que se encuentra en una vitrina en Londres, debe participar en un tipo de magia muy poderosa y maligna; ésta es una “magia” transformadora muy perniciosa. Hay un tipo de transformación mágica en el que una persona puede convertirse en un pez o un pájaro, y descubrir la interconexión de todas las cosas, y la movilidad del espíritu. En la “magia” transformadora del racionalismo, dos seres completamente diferentes –uno libre y el otro encarcelado– se convierten en el mismo ser, enseñándonos la igualdad de todas las cosas y la transferibilidad de los objetos.

Siguiendo a sus ídolos, los griegos (aunque no hay una continuidad intelectual directa desde los griegos de la antigüedad hasta el racionalismo de la Ilustración, al contrario de la mitología científica; de hecho, fueron principalmente los árabes medievales quienes construyeron y mejoraron las tradiciones intelectuales anteriores, mientras que los primeros cristianos que crearían las estructuras sociopolíticas e intelectuales que darían lugar a la Ilustración fueron grandes quemadores de bibliotecas, una tradición que los colonizadores europeos continuarían con diferentes tácticas en todo el mundo), los científicos han continuado en su búsqueda del *átomo*, aquello que no puede ser cortado, y que por lo tanto es, supuestamente, puro o más real. Pero lo que se corta en cada átomo, a priori, es su relación con su entorno.

Los principios del ajeno y del átomo indican que la Ciencia no es sólo un método, ni siquiera un productor de conocimiento, sino un *modelador* o *configurador* del mundo, un *Weltanschauung* ^[11] que, a través de su conexión con una compleja red de fuerzas productivas, codifica una modalidad con la que acercarse al mundo, establece una comprensión específica de lo que realmente es el mundo de manera que todas sus operaciones puedan desarrollarse en un terreno complementario, y termina reproduciendo el tipo de mundo en el que creía desde el principio, a una intensidad y escala cada vez mayores.

La geometría cartesiana era defectuosa, pero no importaba; en las manos de topógrafos, arquitectos y terratenientes sirvió para hacer de este mundo un mundo más cartesiano. Los primeros fisiólogos no tenían otra cosa más que metáforas confusas para apoyar sus afirmaciones de que los cuerpos vivos eran máquinas orgánicas. Hoy en día, los bioquímicos pueden utilizar la manipulación genética para convertir células vivas en fábricas químicas, y los nanotecnólogos pueden crear robots a partir de compuestos químicos artificiales. La trigonometría puede enseñarse como una matemática pura, pero históricamente ha cambiado el mundo por ser una matemática que ha sido necesaria en la guerra de proyectiles. La ciencia de los cohetes, el símbolo del genio puro del siglo XX (como en la típica frase “No es que sea un científico (o ingeniero) de cohetes, pero... etc.”), también puso a los cabeza-de-huevo del momento al servicio de una reestructuración militar de la realidad.

Dejando a un lado todas las coartadas, la Ciencia tal como existe es inconcebible sin sus ininterrumpidas conexiones institucionales, filosóficas y económicas con la policía, la guerra y la industrialización. Su conocimiento médico de los cuerpos corresponde a la necesidad del Estado de disciplinar, explotar y torturar esos cuerpos; su financiación y las áreas de su avance, sus “descubrimientos”, corresponden a la necesidad de los Estados de librar una guerra contra sus vecinos y la necesidad de los capitalistas de obtener una ventaja sobre sus competidores y sus trabajadores. No se trata simplemente de un complejo de instituciones académicas que ha avanzado junto con –y que ha sido corrompido por– las instituciones del Estado-nación moderno y la inversión de capital. Por el contrario, en ningún momento la Ciencia es autónoma dentro de –y endógena a– esas instituciones académicas. Siempre ha sido un motor primario para la expansión –material y espiritual, por tomar prestada la cansina dicotomía– del actual sistema mundial que ha colonizado todo el globo, ha puesto a trabajar a todas las formas de vida, ha rediseñado el paisaje para favorecer

la producción y el control social, y que ahora se ocupa de reescribir la propia matriz en la que se desenvuelven la vida y la existencia; por lo tanto, su desarrollo no ha sido un asunto exclusivamente académico, sino una preocupación principal de todas las instituciones de poder a las que está adherida.

El capitalismo y, por lo tanto, el ecocidio actual no existen sin la Ciencia, ni tecnológica ni filosóficamente, y ninguna cantidad de excusas sobre la vida individual de los científicos o la independencia mutua de los inversores e inventores puede cambiar este hecho. Así como la sociedad feudal es inconcebible sin el clero –aunque la relación feudal se simplifica típicamente como si fuera solamente una relación entre siervo y señor secular, o vasallo y señor feudal–, la clase científica es el eje de la sociedad capitalista –a pesar de no pertenecer propiamente a la burguesía o al proletariado–. La investigación científica es, por sí misma, un sector primordial de la producción; los científicos constituyen una casta privilegiada indispensable para la autoevaluación, la reproducción, la expansión y la legitimación social de las entidades estatales y privadas; y la cosmovisión científica del mundo, con sus formas populares y profesionales, es crucial para unir a gobernantes y gobernados en la actualidad y explicar la existencia de manera compatible con los intereses de la dominación.

Una regla no escrita de la filosofía científica, y que sin embargo es abundantemente evidente, es la no limitación de la invención y el descubrimiento. Todo lo que puede ser inventado, debe serlo. El conocimiento nunca debe ser renunciado; siempre debe ser usado para la acumulación de más conocimiento. Una clase profesional que podría inventar armas nucleares sigue claramente tal imperativo. Curiosamente, el poder dentro del régimen científico opera de una manera notablemente similar al capital: no hay dinero malo, y todo el dinero debe ser invertido o perdido.

Como hemos tratado de indicar en el primer ensayo de esta serie de textos, la Ciencia, no sólo como productora de tecnologías sino también como forma de ver el mundo y como forma de espiritualidad, es indispensable en la producción de *golem*, que son los ciudadanos del sistema mundial, compuesto por el polvo de los mundos borrados, alienados de sus historias y de sus entornos, mantenidos unidos sólo por los falsos comunes de los aparatos producidos para sostenerlos.

Epílogo

Predecimos que muchos creyentes en la ciencia, especialmente los iniciados académicamente, rechazarán esta crítica como inútil por ser demasiado general, si no la desestiman completamente. Esto vale la pena analizarlo. En primer lugar, alguien en una posición de poder, alguien con un cerebro acreditado, un sacerdote con una posición en la jerarquía, no necesita responder a un escritor no profesional, a un profano, a menos que la crítica comience a ser tan ampliamente distribuida que constituya una amenaza. El abrumador silencio con el que se enfrentará este artículo, excepto por parte de otros profanos, sugiere que, en realidad, lo que está en juego es una jerarquía, más que una comunidad de ideas libre e igualitaria. Después de todo, la Iglesia Católica no comenzó a ejecutar herejes entre los profanos hasta que las herejías subversivas que desafiaban las jerarquías de la Iglesia se extendieron y se generalizaron y comenzaron a conectarse con otras líneas de falla social entre las clases altas y bajas (principalmente adhiriéndose a la nueva clase urbana móvil de tejedores o campesinos rurales que afirmaban cada vez más su autonomía), una situación que se alcanzó en el siglo XII.

En segundo lugar, y más sustancialmente, hemos notado un cierto patrón. Los académicamente formados insistirán siempre en que la comunidad científica es altamente autocrítica, pero al mismo

tiempo siempre rechazan (por lo que hemos visto) las críticas que vienen de fuera de la academia como “demasiado generalizadoras” o infundadas. Vemos que se trata de una respuesta estructuralmente sistemática.

Una institución con aspiraciones hegemónicas, o que ya ha alcanzado el dominio, nunca debe permitirse encajar en una teoría globalizadora (porque lo que estamos ofreciendo aquí, para ser honestos, no es una crítica, es una explicación teórica de qué papel juega la Ciencia desde de una visión anarquista del mundo). Los movimientos anticoloniales ya han criticado el posmodernismo por la forma en que la teorización de las identidades e historias de otros pueblos constituye un ejercicio de poder sobre esos pueblos. En términos más generales, la Ciencia no puede aceptar ninguna teorización externa de su papel, porque está ocupada tratando de situar todo y a todos los demás dentro de un sistema teórico de su propia creación. En esta coyuntura, no estamos tratando de ofrecer críticas o comentarios que puedan ser útiles para científicos específicos y que, por consiguiente, deben ser particulares, equilibrados y justos. Estamos tratando de teorizar acerca de un sistema de conocimiento que pretende ser objetivo y omni-abarcante, y una cábala (en el sentido bíblico y no en el sentido paranoico de la conspiración[12]) que afirma no existir, no tener agencia, y no tener patrones sistemáticos de comportamiento y formas de configurar el mundo.

En otras palabras, con lo que estamos lidiando es precisamente con la falta de una generalización teórica sobre la Ciencia como un complejo de instituciones con agencia propia –y dinámica– y con un papel extremadamente importante dentro del capitalismo. A falta de esto, no escapa a nuestra atención que las únicas críticas serias hechas contra los científicos que se permitirán son las que provengan de otros científicos y sean publicadas y difundidas por las estructuras que la Ciencia haya autorizado para sus comunicaciones internas; y de forma secundaria, las críticas que provienen de los profanos que siguen las reglas de la manera correcta, dirigiéndose sólo a científicos particulares y a errores particulares, y por lo tanto nunca capaces de contribuir a un marco teórico que aborde la Ciencia globalmente. Para evitar una generalización injusta, se supone que debemos esperar a que los propios productores oficiales de conocimientos conciban y encuentren financiación para un estudio que pueda demostrar objetivamente en qué porcentaje de los casos estas críticas están fundamentadas. Un pastel en el cielo[13].

Permaneciendo cautelosos del potencial de demagogia o manipulación lógica que las comparaciones implican, tomemos de nuevo el ejemplo de la Iglesia Católica en los siglos anteriores a la Ilustración. En una conversación seria hoy en día, es perfectamente viable hablar de la Iglesia como una institución diseñada para acumular poder, efectuar el control social, movilizar mitos y supersticiones, y reprimir la herejía. ¿Se han perdido las particularidades –y por lo tanto se realiza una crítica generalizadora– al tener esta visión teórica ampliamente aceptada de la Iglesia? Por supuesto (e irónicamente, cuando se hace una tergiversación total –y no sólo del suavizado que acompaña a la generalización– son los proponentes científicos de la Ilustración los que son en gran parte culpables, en su celo por diferenciarse de sus predecesores supuestamente irracionales). De hecho, el debate fue fomentado en la Iglesia en la Edad Media. La herejía sólo podía ser castigada después de procesos formales en los que los acusados solían tener la oportunidad de defenderse. En cuanto a las supersticiones, la Iglesia también se ocupaba de un gran número de hechos históricos, a menudo mostraban un vigor intelectual en sus estudios, y se hacían muchos esfuerzos para refutar y desacreditar los documentos y datos fraudulentos (en ese entonces, como ahora, cualquier “hecho” que no fuera políticamente necesario podía ser cómodamente impugnado). Y en cuanto a la acumulación de poder, hay incluso ejemplos de clérigos que lucharon para que la Iglesia renunciara a su poder temporal.

¿Significan todos estos detalles que la teorización resumida y general del papel social de la Iglesia, articulada anteriormente, no es válida? Por supuesto que no (o sea, que sí es válida). Ahora bien, y si imaginamos a un sacerdote en el siglo XII respondiendo a la ola de disidencia popular surgida, desviando las críticas generalizadas hechas contra la Iglesia enumerando los siguientes puntos, todos ellos correctos desde el punto de vista de los hechos: *“la Iglesia no es una institución unificada, hay muchas diferencias internas y ninguna persona o cuerpo controla todo lo que sucede en la Iglesia”*; *“¿a qué sacerdotes en concreto te refieres? porque los hay buenos y malos”*; *“los profanos pueden ser ignorantes de esto, pero la Iglesia es muy autocrítica... aparte de los constantes debates que se producen a través de cartas que rebotan en toda Europa Occidental, los papas también organizan conferencias eclesiológicas cada pocos años para discutir y actualizar el dogma”*; *“¿te refieres a diáconos, sacerdotes, obispos, abades, arzobispos o cardenales? porque el clero funciona de manera muy diferente según el nivel que se mire”*.

La particularización –es decir, la crítica a hechos o casos particulares– en tal coyuntura no es más que un discurso mareante.

No dudamos que la Ciencia tiene sus propios mecanismos de autocrítica y responsabilidad. En estos días, ¿qué complejo institucional no lo tiene? El punto es que estos mecanismos no son adecuados para el resto de nosotros. Se puede afirmar que la Ciencia no es un cuerpo cohesionado ni una religión –clásicamente entendida–, pero podemos ver que existe suficiente coordinación para que los científicos sean formados con suficiente homogeneidad para que puedan ser compatibles y comunicativos a nivel internacional, y que estos científicos son consistentemente útiles en el mantenimiento y la expansión del capitalismo. Es cierto que el capitalismo puede aprovechar cualquier cosa, incluso los juegos de los niños, pero en realidad no hay comparación, ya que las metodologías científicas, los productos del conocimiento científico y los propios científicos formados desempeñan un papel irremplazable en los niveles más altos del capitalismo mundial y en todas las fronteras de la expansión capitalista.

NOTAS

[1]. El **anabaptismo** es una corriente del protestantismo. El nombre **anabaptista** (del prefijo ana-, ‘de nuevo’, y baptista ‘el que bautiza’) se refiere a “rebautizar” o “bautizar de nuevo”. Dicho nombre les fue impuesto a los anabaptistas por sus detractores, debido a que los primeros consideran inválido el bautismo infantil. Los anabaptistas abogan por el bautismo de creyentes adultos (de acuerdo con su interpretación de Marcos 16:16), pues por una parte consideran que los niños son salvos (según Mateo 18:2-4), y por otra parte consideran el bautismo como símbolo de fe, la cual un bebé no es capaz de manifestar.

[2]. También llamada “hipótesis Gaia”, es un modelo interpretativo que afirma que la presencia de la vida en la Tierra fomenta unas condiciones adecuadas para el mantenimiento de la biosfera. Según la hipótesis Gaia, la atmósfera y la parte superficial del planeta Tierra se comportan como un sistema donde la vida, su componente característico, se encarga de autorregular sus condiciones esenciales tales como la temperatura, composición química y salinidad en el caso de los océanos. Gaia se comportaría como un sistema vivo autorregulado (que tiende al equilibrio). La hipótesis fue ideada por el químico James Lovelock en 1969, siendo apoyada y extendida por la bióloga Lynn Margulis.

[3]. Del anarquista geógrafo francés Elisée Reclus (1830-1905).

[4]. Quiero señalar que yo mismo, el traductor de este texto, no creo en el postulado del “calentamiento global por acción humana”. Considero que es una campaña llevada a cabo por distintos *lobbys* (y las élites gobernantes en general) precisamente con la finalidad de acabar con todas las luchas **CONCRETAS** que están dirigidas contra enemigos (empresas, gobiernos, etc) **REALES** en pos de la liberación de los territorios de la explotación. Además, tal concepción pretende

hacer responsables de los problemas ambientales a TODA la existencia humana en un mismo nivel, pretende plantear el problema del “calentamiento global” como un problema que sólo puede tener una solución global de la cual científicos y políticos aparecerán como salvadores últimos, y pretende meter todos los problemas ambientales en el mismo saco del calentamiento global. No hay más que ver la cantidad de científicos pagados, ver cómo funciona el IPCC (el Panel Intergubernamental del Cambio Climático que publica datos “oficiales” sobre el “cambio climático”), quiénes financian esas instituciones o los movimientos que luchan contra el cambio climático, de dónde han heredado sus postulados, qué es el Club de Roma (cuyo antecesor e inspiración son los postulados de Thomas Malthus y su libro “*Ensayo sobre el principio de la población*”), la constante promoción de esta visión por parte de los medios de comunicación, etc., todo esto me hace ver que no hay trigo limpio detrás de los postulados del cambio climático. Por otro lado, yo personalmente considero la industria como el mal en sí (en cuanto a que puedan haber problemas climáticos o de contaminación), pero el hecho de que yo quiera acabar con la tecnología y la industria no me hace necesariamente utilizar el argumento pre-fabricado del “calentamiento global” ni apoyarme en su presunta existencia, para sustentar mi crítica o mi ataque al sistema tecnoindustrial. Yo, si ataco el sistema tecnoindustrial, no es porque haya un “calentamiento global” (esa sería una abstracción y una creencia religiosa sin una realidad palpable propia; ya que, por ejemplo, si hay falta de agua NO es porque haga más calor, sino porque empresas y gobiernos se han robado ESE agua; si hay deforestación no es por el cambio climático, sino porque empresas y gobiernos los han deforestado, etc.), sino porque ese sistema me arranca de mi tierra, me roba la naturaleza, me cerca la vida, y me aleja de vivir la vida de manera conectada con la naturaleza que me envuelve. Recomiendo la siguiente página web, donde diferentes pueblos originarios organizados han creado una base de datos sobre luchas realmente vinculadas a la tierra, y señalan los intereses corporativos de la gran mayoría de ONG's corruptas, *lobbys*, luchas cambioclimatistas, etc., y desmontan la intención desmovilizadora que hay detrás de ellas:

<http://www.wrongkindofgreen.org/>

[5]. Maniqueísmo es el nombre de la religión universalista fundada por el sabio persa Mani (215-276 d.C.), quien decía ser el último de los profetas enviados por Dios a la humanidad.

[6]. Yo, el traductor de este texto, pienso que hoy en día la Ciencia se utiliza tanto para justificar con argumentos esencialistas las relaciones tradicionales de género como para justificar las relaciones “modernas” de género. Una parte de la Ciencia [llena de antropólogos, sociólogos, biólogos, filósofos, etc., todos ellos bastante etnocentristas, antropocéntricos y occidente-céntricos, aunque se las den de no serlo, incluso los que van de izquierdistas y progresistas], son parte de ese mismo aparato que ha buscado y busca, a través de un sustento pretendidamente científico, justificar la “diversidad” de géneros o de formas de relaciones de género “diversas”, intentando extraer de algunas tribus originarias sólo aquellos ejemplos de diversidad de relaciones entre sexos y géneros que les sirven y les son útiles para sostener su discurso. Pero luego, para sus análisis en los que buscan extraer “sólo lo positivo”, o aprender la existencia de diferentes formas de vida, no escogen a tribus que practican la ablación o la violencia; cogiendo así sólo aquello que les gusta para *llevarse* a su cultura occidental, y justificar su “diversidad” dentro de la cultura occidental [o sea que esta crítica (la del texto) no sólo vale para los tipos de relación clásicamente normativos en la sociedad occidental-cristiana, sino que a día de hoy TODOS los tipos de relación de géneros ya pueden ser perfectamente normativizantes y asimilados dentro del orden social]. Aclaro que, en mi opinión, el problema no es «qué» se justifica con la Ciencia, sino en sí mismo el hecho de que se intenta justificar algo, el hecho de que se pretende presentar como algo objetivo, y que de dicha objetividad se pretenda obtener una legitimidad para actuar. En resumen, la Ciencia se usa hoy día tanto para justificar las relaciones tradicionales de género como para justificar las relaciones “modernas” de género, pero en ambos casos se usa desde una posición de poder, dominación e influencia.

[7]. La *metonimia* es una forma de emplear una palabra que consiste en designar una cosa con el nombre de otra con la que tiene una relación de contigüidad espacial, temporal o lógica, por lo que se

designa el efecto con el nombre de la causa (o viceversa), por ejemplo: el signo con el nombre de la cosa significada, el contenido con el nombre del continente, el producto con el nombre de su lugar de procedencia, el objeto con la materia de que está hecho o lo específico con el nombre genérico.

[8]. Referente a la *Kabbalah* (cábala): La cábala es una disciplina y escuela de pensamiento esotérico, relacionada con los esenios y el judaísmo jasídico.

[9]. En Australia, debido al intento de controlar al escarabajo de caña, se introdujeron 102 sapos de caña en Australia. Desde entonces los sapos rápidamente aumentaron de población y ahora existen más de 200 millones de individuos, y se ha convertido en un “problema ecoambiental para el ser humano” peor y más complejo de lo que lo era el escarabajo de caña. Desde entonces, se llevan a cabo intentos de exterminio de sapos con distintos métodos, sin dar lugar a resultados apreciables en cuanto al control de población de esta especie.

[10]. Es una expresión (en inglés) que se usa cuando se han invertido los papeles (de dos o más personas), especialmente los papeles que eran opuestos entre sí.

[11]. Palabra alemana compuesta por “*Welt*” (mundo) y “*anschauung*” (parecer, opinión) y querría decir algo así como “un parecer-del-mundo” o “una opinión acerca del mundo”.

[12]. Yo, el traductor, sí considero además el sentido “de la conspiración” de la cábala usada por parte de la Ciencia. Para mí no es casual el uso de simbologías constantes, el uso de un lenguaje (por ejemplo, el uso de unas palabras (y no otras) para denominar a las partículas atómicas, a los planetas, etc.) y de símbolos dentro de los mitos y cuentos de la Ciencia (tales como el mito de Newton y la manzana: ese cuento de que a Newton se le cayó una manzana y de ahí ¡bum! construyó su teoría de la gravedad, entre otras muchas leyendas). Si bien no lo considero en un sentido mágico-*sobrenatural*, sí en un sentido mágico-*simbólico*, ya que los símbolos tienen una fuerza de proyección en la mente muy potente, y es una de las maneras en que se construyen y se dan vida a los mitos sociales que sostienen a los poderes dominantes.

[13]. Una frase hecha (en inglés) que refiere a una futura recompensa después de la muerte, que probablemente uno no la verá nunca en la vida en la tierra.